

# Vivir en Bilbao durante la Edad Media

*Dra. María Jesús Cava Mesa*

Universidad de Deusto

El artículo ofrece una aproximación a la población, condiciones de vida, comercio, trabajo, situación de la mujer, la casa, el mobiliario, la dieta alimentaria, el ocio y la muerte en el Bilbao medieval.

Erdi Aroan Bilboko biztanleak, bizi-baldintzak, merkataritza, lana, emakumeen egoera, etxea, altzariak, elikadura, aisia eta hiltzea nolakoak ziren jakiteko bidea ematen digun artikulua.

The article looks at issues such as population, living conditions, trade, work, the situation of women, home, furniture, food, leisure and death in mediaeval Bilbao.

... Ir por la calle de Artecalle,  
calle gemela  
de la calle del arte,  
bajar a la Ribera.

Ir por la calle del Correo,  
pasear la Plaza Nueva,  
Ir, si quieres, por ti, por mí, Bilbao,  
hacia Bilbao la Vieja.

Cruzar el puente de San Antón,  
amar la silueta de la iglesia  
bajo la lluvia fina  
y entre el tapiz gris de la niebla...

Gabino Alejandro Carriedo

### **La Villa desde 1300**

El núcleo original de Bilbao nació en los comienzos del s. XIV, pero con antecedentes que se remontan mucho antes, aun cuando se tratara de un núcleo reducidísimo al que hay que referirse llamándolo "Puebla". Geográficamente, Bilbao sugiere diversas etapas de ocupación del suelo en este bajo valle del Nervión. Localizado sobre una terraza fluvial en la margen derecha de la ría, la Villa surgió allí donde llega la influencia de las mareas hasta su límite. Algo que permite imaginar la funcionalidad de esta ciudad desde tiempos remotísimos, pues las barcas, navíos y veleros llegaban hasta donde el río deja de serlo para convertirse en ría.

En todos los antiguos diccionarios geográficos, el Nervión figura como uno de los ríos más "considerables" del Señorío de Bizkaia. Sin embargo, en todos los planos antiguos la denominación Ibaizabal precede a la del Nervión, para referirse a la ría bilbaina.

Los modernos geógrafos adoptaron este nombre para el curso de la villa, aplicando el de Ibaizabal solamente al río que viene de Durango, hasta la confluencia en Ariz. No entraremos en disputas. Lo cierto es que la villa fue, y sigue siendo, centro de reunión de tres ríos y una ría. Estacionamiento de aguas, personas y mercancías ( Julio Ortega, Bilbao 19 ). Fue un centro de afluencia antes que de influencia, equidistante de la desembocadura de los ríos Ibaizabal, Nervión y Cadagua. Pero no sólo ellos marcaron este lugar geográficamente; también lo hicieron los caminos que lo rodean y se desvían de la cuenca fluvial para concurrir en el puente de San Antón, en cuyo referente Bilbao encuentra su heráldica.

La villa había vencido en 1300 los obstáculos que Portugalete le había querido imponer sobre el libre acceso por la ría, y el camino de Miravalles tampoco supuso rivalidad invencible. 15 años después de obtener la Carta fundacional, sus habitantes consiguieron que el antiguo camino a Bermeo pasase por la villa y se declarara el camino anterior inviable ("descaminado"). Aún más, con D<sup>a</sup>. M<sup>a</sup>. Díaz de Haro y la segunda Carta Puebla se rubrica que desde Areta "ninguno sea osado de tener compra, ni venta sin regatería alguna". Bilbao configuraría con sus ciudadanos lo que J. Ortega denominó "círculo mágico", en esta zona de conjunción de elementos "vitales imperecederos". Un "alfoz" municipal decisivo por su logística geo-económica.

Una topografía favorable que nada tiene que ver con la actual. Posiblemente nos costaría reconocerla, de no ser por referentes geográficos que todavía permitirían a un visitante de nuestro siglo, después de varios vistazos de reconocimiento ocular, adivinar que se encontraba en el "bocho"; y ello, gracias seguramente al Pagasarri, a Santo Domingo, Archanda y el Serantes, algo más lejos. Nada que ver con las riberas de aquella ría, seguramente poblada por peces de distinta clase y con aguas aptas para el uso cotidiano, en el que lavar la colada sería lo habitual entre las bilbaínas de la calle Tendería, Artecalle (calle del Medio) y Cal Somera.

El territorio municipal para el asentamiento se toma de la anteiglesia de Begoña, en la que según la Carta Puebla de 1300 ya existía una iglesia cuya advocación se dedica a Ntra. Sra. de Begoña, y de ella dependía Santiago.

Si llevásemos a la práctica un ejercicio de simulación, de seguro nuestro punto de arribada a la Villa medieval fuera extramuros; y de acercarnos a los lugares de acceso desde el exterior, estos serían el Portal de Ibeni, o el de Zamudio. Quizás también, hubiésemos necesitado cruzar el puente y pasar por su castillo hasta el tramo urbano abierto entre los torres de Leguizamón (en Somera), Zubialdea (Artecalle), o junto a la torre de Arbolancha.

La iglesia de San Yago o Santiago nos hubiera guiado hasta el punto en el que este Bilbao del siglo XIV comenzaba a tomar cuerpo urbano. Más a lo lejos, la ermita de San Nicolás y el "rebal" que le acompañaba, sugeriría ya una vía de expansión de la ciudad. Como en Allende la Puente y en Mirivilla, los filones de mineral (luego mina San Luis, Abandonada, Malaespera, Silfide... explotadas muchos años después), estarían flanqueados por caseríos donde las reses vacunas pastaban. Este sería el paisaje inmediato.

Pero el Bilbao heredado desde 1300, diferiría considerablemente del conocido y primero de los reconstruidos en planimetría gracias a Delmás: el de 1375.

Durante 75 años las ciudades cambian, aunque no tan velozmente como en nuestra época. En 1300 quizás sólo existieron la primera calle, la más cercana a la Ronda (Cal Somera) y Artecalle. Ambas serían los puntos más probables de asentamiento. Luego, con el desarrollo de las rutas que siguieron los peregrinos

hasta Santiago, se plantearon otras realidades urbanísticas. Así, se deduce que junto a las rutas tradicionales (Roncesvalles y Somport), a partir del s. XIII algunos peregrinos comenzaron a llegar por Irún y prosiguieron por una vía interior (Hernani, Tolosa, Vitoria, Miranda y Burgos). Pero durante el s. XIV algunos peregrinos debieron preferir la costa. Se trata de un camino costero que desde San Sebastian, Guetaria y Zumaya, seguía por Iciar, Marquina, Cenarruza, Gernika, Larrabezua y Bilbao, desde donde se bifurcaba en dos direcciones, una seguía por la costa a través de Portugalete y Castro-Urdiales, y la segunda derivaba hacia Valmaseda, desde donde se dirigía a Burgos. Posiblemente otros puertos costeros recibieron también la llegada de peregrinos, lo cual todavía con su recuerdo y aporta pruebas con las advocaciones a Santiago, la colegiata de Cenarruza (hospital para peregrinos), diversas iglesias y elementos ornamentales varios.

Esta fue una ruta que entró pronto en decadencia y dejó -como en el resto del Camino de Santiago- la orientación E-O, para entablar otras relaciones económicas con los puertos del Norte de Europa (flamencos, ingleses, franceses).

Lo interesante en este punto es dejar constancia de que ese camino que venía de Valmaseda y llegaba por el valle del Cadagua hasta Bilbao, constituyó un ramal del camino jacobeo de la costa. Y que antes y después de su fundación como villa, debió ser importante. Como resultado, el municipio reconoció al Santo como su Patrono el 19 de diciembre de 1643. De hecho, antes del emplazamiento de la actual Catedral, debió existir una iglesia de Santiago, en Bilbao la Vieja. Por motivos relacionados con este peregrinaje, a la calle Correo se le llamó asimismo Camino Francés, porque por él llegaban gran parte de los peregrinos hasta la Puerta del Ángel de la iglesia-catedral de Santiago.

Pero, ¿cómo es físicamente este Bilbao de 1300?

Como es sabido, Bilbao se funda allí donde llega el influjo de las mareas. Es punto de confluencia de vías de transporte terrestre y fluvial y marítimo. Y esto es lo que prácticamente todos los autores han destacado del desarrollo de Bilbao. La imagen de este primer asentamiento, -de acuerdo con el característico plano de las ciudades medievales-, es un plano ortogonal o en damero semejante a lo que sucede en el trazado de Gernika y de Portugalete. Cabe destacar, como han hecho los geógrafos que han estudiado el modelo, la regularidad del mismo. Los límites que impuso el meandro del río y la orografía circundante obligaron a un aprovechamiento del suelo disponible, y así surgió ese entramado tan característico. Algo similar sucedería después, en los sucesivos "ensanches". Ciertamente, el Casco Viejo formó un conjunto urbano de gran uniformidad. Como han hecho notar diversos autores, en el diseño medieval, la calle Mayor (Barrencalle) fue desplazándose. De otra parte, las familias rurales poderosas (jauntxos) procuraron formar parte del entorno urbano, construir sus torres, tomar parte en la vida municipal y religiosa, dando lugar a luchas de bandos y de calle. Ellos fueron los Leguizamón, Arbolancha,

Arbieto, Markina, Azurdui, Nobia o Larrinaga... Entre otras razones, esto proporcionó una fisonomía especial a las calles durante los siglos XIV y XV. El espacio urbano fue testigo de una constante lucha de intereses. Las torres de linaje no pudieron pervivir, pero siguen siendo pese a todo, hitos clave de ese Bilbao del Medioevo. El palacio de La Bolsa, como ejemplo que no es único, testimonia, en parte, esta presencia de las torres medievales en la topografía bilbaina de la época.

Las casas, en su mayoría de madera, fueron pasto de las llamas continuamente. Su supervivencia estuvo sometida a duras pruebas. En cualquier caso, rara es la ciudad medieval que no soportara construcción, destrucción y reconstrucciones sucesivas.

Dada la densidad de población existente en un espacio tan reducido, no es extraño imaginar ya para Bilbao una característica que se prolonga hasta el siglo XIX. Y es que con el fin de alojar al mayor número de almas, se multiplicaron los hogares o fuegos verticalmente y se aprovecharon de las casas, un conjunto de 2, 3 ó más pisos.

También puede considerarse más que probable que las casas señoriales dispusieran de un huerto o jardín, como resultado de la unión de 2 ó 3 huertas antiguas. Las casas se desarrollaron, pues, en altura y con ello se produjo un desarrollo de elementos arquitectónicos, que son peculiares al tipo urbano vasco como el boladizo, que ya existió en Roma, pero que en la tradición nórdica es muy típica. Extramuros también se manifiesta otro tipo de asentamiento. Hay que pensar de nuevo en Bilbao la Vieja, donde debieron existir ermitas, hospital u hospedería y posadas, según Julio Caro Baroja.

Pero la villa es fiel reflejo del poder político y desarrolla estructuras de poder, y se hace fortaleza y mercado, y espacio de ocio, y foco de corrupción. Y pasa a generar un espíritu más individualista y una organización de la vida social ciudadana diferente a la rural (más sumisa a normas tradicionales). Por tanto la ciudad comenzó a compendiar muchas variables que los historiadores hemos que seguir analizando y en ocasiones, resultan incontrolables.

Es obvio, por tanto, que el Casco Viejo fue la célula original de nuestro "bocho". Punto de cruce vadeable sobre el que hubo un antiquísimo puente ojival. Puerto y punto de confluencia del Camino de Orduña (desde Castilla), que se encuentra con la ría, para seguir rumbo a Bermeo.

Un Bilbao de calles estrechas, cantones, una atmósfera, un olor de los que todavía alguna vieja edificación, o mejor, elementos que brotan de repente -un alero, una hornacina, una aldaba, una fuente, etc.-, aún recuerdan a aquel Bilbao gótico.

Pero se trata de una villa embadurnada por el aura de la penumbra, pues la ciudad sólo dispuso de alumbrado en el siglo XIX. De la antorcha a la lámpara de aceite, y al farol, hay todo un largo proceso. Esta es la época de la cera y de

un subproducto del aceite de oliva: el llamado "aceite del infierno". Una ciudad de vacinillas, que intenta ser limpia pero que como toda ciudad medieval, soporta perfumes de todo tipo, aromas pestilentos, cloacas, olor a pescado y brea...

### **Población y condiciones de vida**

Seguramente la pregunta resulta inevitable en este momento. ¿Y, quién vive en ella? Las fogueraciones del s. XV permiten a los historiadores aportar aproximaciones a la demografía de la etapa. Resulta aún difícil conocer para el s. XIV el carácter del poblamiento de la Villa. Sin embargo, extrapolando las conclusiones obtenidas sobre esta comunidad 100 años después y es decir, gracias a la primera enumeración de fogueros y casas censuarias de 1492, se deduce que Bilbao creció imparable.

Bermeo, capital de Bizkaia hasta entonces, fue suplantada por Bilbao y en ello influiría, como un factor más, el ascenso poblacional que hacía de éste ser un núcleo muy atractivo.

Si una foguera representa 4, 5 habitantes, y Bilbao dispuso en 1514 de 1.163 fogueras, equivalentes a 5.700 habitantes (de los cuales 3.500 viven en las Siete Calles). es de suponer que en 1300 la cifra se reduciría considerablemente hasta mil o 1.500 personas. Es decir. Bilbao era un villorrio... Pero a la vez, se trataba de un enclave que atraía por sus actividades pesqueras, marineras, ferronas y agrícolas. T. Guiard afirmaba que poco después de su fundación, la Villa se transformó súbitamente con ese reclamo que eliminó a Bermeo de su primacía.

En 1492, Bilbao tenía 1.036 fuegos es decir, superaba los 4.000 habitantes. Las calles que albergaban más población eran Somera, Tendería, Artecalle (Francos), Carnicería, y el Arrabal de Allende la Puente. Población que vive en casas construidas con tabla y es pasto de incendios frecuentes (el incendio registrado documentalmente, más reiterado por la bibliografía, fue el de 1571), debido a los sebos y grasas de los pescadores acumulados en las lonjas. Sólo a partir del XVI la piedra se hace común. El Bilbao de cal y canto es posterior a este año de 1300. Los vigilantes de las cuadrillas y las ordenanzas son signos elocuentes de ese estado de preocupación que representaron siempre en el Bilbao del Antiguo Régimen, el fuego y los "vientos".

En aquel término municipal asignado por D. Diego, el perímetro calculado está en torno a "4 leguas", o lo que es igual, un espacio cuadrangular de 1 legua de lado que representa, según M. Basas, una jurisdicción territorial de 300 Km<sup>2</sup>. Pero no todo él está construido, obviamente. La referencia se circunscribe al perímetro comprendido desde la desembocadura del Cadagua, a la confluencia Nervión-Ibaizabal y desde ahí hasta el vado de Echévarri y la desembocadura del río Asúa. Es decir que el territorio suponía el municipio de la villa, más los

de las anteiglesias de Abando, Begoña, Deusto y Erandio, sin olvido de la jurisdicción mercantil sobre toda la ría.

El Bilbao construido como urbe representa tres calles y una iglesia. Seguramente sólo habría 8 manzanas de casas entre esas tres calles y los cantones que las atraviesan.

Villa amurallada con un paño que enlaza las torres de Leguizamón, Zubialdea y Arbolancha (que miran a la ría) y en la cabecera de Somera, Artecalle y Tendería. La Ronda partiendo del puente iba a unirse con la torre del Portal de Zamudio.

El río Nervión hace allí, dice Basas, un bucle muy pronunciado y llegan sus aguas hasta cerca de Santiago y el Portal de Zamudio, por lo que el lienzo de muralla corta la zona de Achuri que quedaba extramuros, como también el arrabal de San Nicolás. Se configura de este modo un foso natural. Por consiguiente, el Bilbao de las Siete Calles será del siglo XV y el que prosigue la construcción de la muralla y erige nuevas torres; en el que el mercado del pescado se ubica en la nueva calle Belosticalle, junto al matadero o carnicería, en la calle que luego llevará su nombre. Más tarde surgiría Barrencalle "la susera" y la segunda o "yusera". Detrás de la muralla de Barrencalle segunda quedaría la otra "ronda" y la ribera del río; por ella se navega hasta el mar. Una vocación irrenunciable.

Así pues, la actividad marinera de Bilbao se remonta a épocas muy antiguas y constituye una clave decisiva de la propia Villa en sus orígenes. Imposible fijar, sin embargo, una cronología decidida de sus primeras participaciones en el mar. Tuvo seguramente un proceso parecido a lo que sucedió en otros puertos atlánticos. Como es sabido, los mercantes vizcainos iniciaron sus aventuras marítimas desde épocas remotísimas. Su primera extensión se proyecta a lo largo de la costa litoral, y después impulsados por los condicionantes económicos ampliaron sus tratos y conectaron con otros pueblos adelantados.

Con Alfonso X se confirma que los vizcainos, en general, se hallaron capacitados para la construcción naval, pues la guerra marítima exigió una Armada destinada a llevar a cabo enfrentamientos navales en Africa. Esa armada se construyó en estas costas, al igual que sucedió durante el reinado de Sancho IV, quien no dejó de estimular esta industria.

Bilbao y su ventajosa situación geográfica facilitó el asentamiento de astilleros en las dos márgenes de la ría, en las dos riberas (Deusto, Abando, Baracaldo, Portugalete y Bilbao). Dos siglos después estos astilleros superaron a los de otros puertos cantábricos definitivamente. En Bilbao, avanzado el siglo XIV, se menciona ya al "asiento de gradas" del Arenal, pero también se hace referencia al "guindaste" donde se guindaban y mastreaban las embarcaciones en el mismo Campo de Volantín ...

## Comercio y Trabajo

Este enclave norteño, difícilmente comparable con el estereotipado Bilbao mercantil del s. XVI, vive la feudalidad en términos peculiarmente originales en tanto en cuanto su carácter de villa, o lo que es igual, diferenciada del resto del espacio vizcaíno rural, le llevan a hacerlo así.

Quiere esto decir, que pese a configurarse un modelo social y económico distinto, su dedicación mercantil acaba de comenzar. El herrero vendía sus armas (espaderos), herraduras y utensilios; el tejedor, sus telas; los agricultores, sus frutos y sus animales; el negocio del vino parece haber sido un comercio nada ocasional. A través de reatas y de barcazas, las barricas de vino llegaban hasta Bilbao...

Se producen, por tanto, todo un conjunto de transacciones que sugieren la precocidad de un carácter económico rubricado oficialmente por alusiones que constan en la misma Carta Puebla de 1300.

Bilbao es el "portus", el puerto, denominación que desde el s. X se aplicaba a plazas comerciales estables. Bilbao es doblemente puerto, ya que es zona portuaria costera y lugar por el que transitaban mercancías. Uno de los puntos más divulgados de la Carta Puebla corresponde a la concesión que rubrica la existencia de un mercado semanal todos los martes. La promoción de quien otorgaba a sus moradores todo aquello que de privilegio debían, podían y deseaban gozar.

Porque además la Carta de D. Diego López de Haro expresaba: "que podades comprar et vender francamente (libremente) heredades et todo lo vuestro como omes francos (libres) et libres deven fazer...".

El reforzamiento que da énfasis a la condición de hombre libres, resulta crucial por razones jurídicas pero también económicas. La exención fiscal de determinados impuestos quedaba garantizada. Normas y reglas que hacían pues a los bilbaínos vivir de acuerdo con unos privilegios especiales. Pero lo más interesante -por los efectos decisivos que comportó a largo plazo-, se refiere a la confirmación de la ría como arteria económica. Bilbao recibía el monopolio del tráfico comercial que se llevaba a cabo a lo largo del curso fluvial.

Portugalete y cualquier otro enclave situado entre Bilbao y la desembocadura no podía poner obstáculos cobrando peajes, impuestos, o cargas de cualquier tipo, a los barcos que quisieran llegar hasta San Antón. Se liberaba de cargas, por tanto, a quien deseara comerciar en la villa y así ésta figura como punto final y crucial de un comercio que, a partir de este siglo, se expresó contundentemente en la fachada oceánica, desde Cádiz hasta Bergen y los puertos Hauseáticos del Báltico.

Bilbao supone un conjunto de reglas, de cálculos, es el arte de enriquecerse, de vivir de otra manera a como se plantean los habitantes del territorio cir-



cundante. Las villas, en general, representarían claves de un lenguaje especial, en donde el riesgo y la fortuna estuvieron presentes. Como presente estuvo la prudencia y la seguridad, delimitando esos riesgos contra los que los ciudadanos debían estar precavidos. Un modelo de vivir al día, en el que los comerciantes locales cuidaron su dinero, calcularon sus gastos y fijaron metas.

Una unidad en sí misma, una pequeña patria en la que atravesar sus murallas sería como atravesar fronteras; del otro lado de la barrera, el desafío del vecino es frecuente, como lo es la represalia y así sucederá durante las luchas de banderías. Pero el campesino que ha dejado la tierra y se incorpora a las villas es ya otro hombre. El Bilbao del Fuero de Logroño y la Carta Puebla decide a qué dedicarse; el trabajo ha sido regulado para servir y satisfacer un sistema que sería defendido con denuedo a lo largo de unas fronteras indecisas.

Por otra parte, las autoridades urbanas dejan afirmarse con la ayuda del dinero algunas superioridades encarnadas por la riqueza y poder de determinados grupos. A pesar de obstáculos diversos, al finalizar el s. XIV, la importancia de su puerto se ha consolidado ya. Las previsiones de Don Diego Lope de Haro, se han visto cumplidas.

### **La mujer y el trabajo**

En este mundo donde el valor trabajo van cobrando tanta importancia, la mujer adquiere entonces un protagonismo inusitado. Un sector de acusada presencia femenina fue la industria de víveres, las tahonas, -con sus diversos productos (pan, pasteles, tortas o pastas)-, las carnicerías, las pescaderías, los almazaras. La industria textil: lavar y blanquear ropa, supone asimismo un sector importante. Pero como sucedió en otras sociedades medievales, también participaron en tareas que hoy consideraríamos típicamente masculinos, y que requieren considerable fuerza física, como las actividades metalúrgicas (fabricación de dedales, cuchillería, trefilería, hojalatería) y vidriería.... Ahora bien posiblemente, de existir maestras artesanas, su número, de seguro sería ínfimo. Una visita al Museo Arqueológico y Etnográfico -sito en el Casco Viejo bilbaino- resulta por sí sola instructiva en el conocimiento de algunas huellas de ese pasado, que tanto cuesta imaginar. Los estudios arqueológicos y la antropología cultural afinan actualmente sus conclusiones sobre útiles y tareas relacionadas con el mundo del trabajo de esta etapa.

No podemos olvidar a las domésticas o criadas, cuyas tareas diarias en las casas más adineradas fue proliferando. Un trabajo que, junto al trabajo de jornal, se circunscribe a sectores muy precisos.

Obviamente, la tarea cotidiana reconduce a la mujer al hogar; el cuidado de las personas las lleva a una multitud de tareas que repiten indefinidamente. Debe alimentar, lavar, acunar y criar a los niños que trae al mundo, al ritmo de la fecundidad "natural".

## **Casa y mobiliario**

Encender y mantener el fuego son tareas que incumben casi exclusivamente a las mujeres de la casa. El hogar, la chimeneas, los trébedes, estufas, braseros etc. dependen también de las posibilidades económicas de las casas; al igual que la cerámica culinaria y las cacerolas de bronce.

Una vez preparado el alimento, lo sirven las etxeoandres. La iconografía de época ha representado tradicionalmente en Europa festines principescos. La imagen de la comida burguesa o campesina resulta infrecuente. Pero, ¿comen todos a la vez en la casa? La respuesta es clara: sólo los hombres se sientan a la mesa, el ama de casa y las hijas la sirven, o bien comen junto al fuego, sentadas al suelo.

El aseo se hace en cubos y jofainas, pero los temas de limpieza no ocupaban demasiado tiempo de la jornada. Se lava, naturalmente, o se emplea la técnica de ceniza.

Cuartos, cámaras, almacenes, graneros y bodegas forman un conjunto presente en estas casas, pero este Bilbao de edificios con varias alturas compone habitáculos de pequeñas dimensiones; los jergones en el suelo, luego los camastros y los arcones (donde se almacena de todo) muy pocas sillería, bancos sin respaldo y taburetes.

Ciertamente, las casas vistas desde el interior dan otra imagen. Su mobiliario lo forman pocos elementos. Sillas, colchones, grandes mesas, son algo difundido únicamente a partir del XVIII. De otra parte la imagen de un jornalero o un comerciante puede ser casi idéntica, o lo que es igual, muy modesta: la marmita en el hogar, las sartenes, una amasadora para hacer pan, el cofre que guarda de todo, la cama de madera donde hay algún almohadón y una colcha, además de algunas prendas distribuidas por esa estancia: polainas, chaqueta, calzones; herramientas (palas, azadas...) un banco o un tonel que sirve de mesa, un brasero...

No caben idealizaciones sobre la vida cotidiana de nuestros antepasados; curiosamente, este es un mundo en donde, pese a lo dicho, la moda comienza a dejarse ver tímidamente en las actitudes que protagonizaron aquellas gentes. Sin incurrir en la exageración, pues la referencia más realista tiene que ver con el lujo en sentido literal, sino con la ropa interior. En general se va poco abrigado. Y cuando el luto marca a las personas, pero también en otros casos, se conserva la misma camisa durante todo un año; lo cual quiere decir que los pobres también usaron camisa. Y que el cambiarse de camisa le suponía un sacrificio. Es igualmente obvio que el vestuario se hacía con tejidos de confección casera (cañamo, lana y otras mezclas). En los inventarios conservados sobre posesiones -evaluados a efectos fiscales, y también consignados en capitulaciones matrimoniales posteriores- se perciben rasgos comunitarios compartidos. Hay ropas de vestir, ropa de cama y hogar, tapices (en casas de familias

adineras), vajillas de loza y metales, herramientas, trípodes, alimentos, combustible (turba, madera), carbón y animales diversos. Pero si se exceptúan los domingos, hablamos de gentes desaliñadas. Incluso las mujeres, dice F. Braudel, se vuelven "un remedio para la concupiscencia de los hombres".

En los espacios íntimos hay que acomodarse a todos los extremos: pulgas, piojos y chinches conquistaron las ciudades, y no hay porqué pensar que Bilbao fuera excepcional. Gwilliam Bowles así lo indica sobre "las pulgas", para el Bilbao del siglo XVIII..

La casa no es pues un reducto de comodidades, simplemente consiste en un refugio. De la Edad Media proviene también un dicho de tradición normanda que un poeta redacta de este modo: "Tres cosas hay que arrojan al hombre fuera de su casa: a saber, la humareda, la gotera y la mujer pijotera...".

Adherirse preferiblemente a la cuestión primera, significa destacar que la familia se mimetiza con la cocina. Esta representa, a veces, la única pieza de la vivienda. En otros casos se dispone de alcoba, siempre considerando un standard de clase baja, que no corresponde a las excepciones de clase superior.

Los mejor instalados disponen de despacho, despensa , guardarropa y hasta letrina.

## **Consumo y Dieta**

Queda por saber cómo se alimentan y cómo se divierten los bilbaínos de esta época.

Los ciudadanos considerados en conjunto parecen haber gozado de mejor dieta alimenticia que los campesinos. Se sabe que en las ciudades francesas, por ejemplo, se comía pan de trigo desde el s. XIII. En ocasiones se empleaba el centeno, pues el pan de cebada es infrecuente. Algo que en cambio fue común entre la población rural en casi toda Europa.

El agua corriente era aprovechada mediante molinos ("ruedas") y también se utilizaba la fuerza motriz el viento (molinos de viento) que estuvieron presentes sin duda a lo largo del bajo valle del Nervión. Una energía esencial, pero también una garantía de higiene y salubridad.

La escasez de textos medievales nos impide aportar precisión a estos comentarios, pero la imagen que se desprende a partir de algunas fuentes no resulta tan grata. El suministro de alimentos siempre fue durante el Edad Media una cuestión problemática en las ciudades. Las autoridades urbanas trataron de vigilar precios y suministros en pro de la calidad, pero las disputas entre panaderos, cerveceros, vinateros, cocineros y vendedores ambulantes fueron habituales en todas partes. Había que competir en un mercado a precios razonables, pero el coste de la vida siempre fue más elevado que en el campo. Por eso las comunidades urbanas lle-

garon a ser más vulnerables a "las hambrunas", a causa de su dependencia con el exterior. De ahí también la construcción de graneros, dado que el cereal era la base del consumo calórico. Sin embargo parece probado el incremento de la carne en la ingesta durante la Edad Media, lo cual significa un indicador preciso de que esta sociedad camina hacia una nueva situación en la historia cultural de la nutrición europea. Recordemos, no obstante, que sólo se producía una comida diaria que contuviera carne o pescado.

Teniendo en cuenta que en Bilbao lloviera con frecuencia, una de sus cuitas fue evitar las inundaciones, "los aguaduchos"; pero si vigila meteorológicamente con celo obsesivo se hace porque preocupa por sol y lluvia, pues de ello dependen las cosechas. Años de vacas flacas y de vacas gruesas; pues en verdad la agricultura vizcaína -y Bilbao no es excepción-, fue deficitaria. En la Bizkaia del s. XV, el trigo llegaba en buena medida de Andalucía. Además mijo, castaña y manzana fueron elementos básicos nutricionales entre vizcainos, como también la leche y la carne.

Aunque se trata de un cultivo limitado, se afirma igualmente que durante el siglo XIV existió el cultivo de la vid en Bilbao. El área de viñedo llegó a interesar al gobierno municipal, y a él se refieren las Ordenanzas de 1399. Sabido es que se dio prioridad al consumo de vino bilbaíno antes que al foráneo. En aquellos montes de los que se sacaba hierro, también había viñas, según testimonios de algunos viajeros. Y aunque parezca mentira, se dice que de esta centuria data la introducción de frutales traídos del Mediterráneo, que convivieron con las manzanas: limoneros y naranjos, de cuyo cultivo también hay noticias, aunque tardías. Sin embargo lo que abundan son robledales y castaños.

Sobre la pesca, tema obligado refiriéndonos a Bilbao, lo que destaca es la abundancia en la villa de toda clase: doradas, lubinas, mojarra, congrio, chicharro, besugo, anguilas y hasta mubles.

Resulta curioso, dice J.A. García de Cortazar, que en ningún documento aparezca el nombre de bocarte o anchoa. Tampoco puede olvidarse la ballena, en la pesca de altura; aunque a decir verdad, de esto último fueron bermeanos y ondarreses quienes más supieron.

En este imaginario social, todos los elementos de la vida material en su cotidianidad: alimentos, bebida, alojamiento y moda, no guardan entre sí estrecha relación. El hombre se alimenta, se viste, se aloja, porque no puede hacer otra cosa; pero una vez dicho esto, podría alimentarse, alojarse y vestirse de distinta manera a como lo hace.

La comida, por cierto, se comía en trozos pequeñísimos o se molía en un mortero. Esto y la maceración, también frecuente, se explica por la ausencia de tenedores. Nadie podía cortar la carne en su propio plato, por tanto tenía que servirse preparada o trinchada de antemano.

Por otra parte, dado que los únicos sistemas conocidos para conservar alimentos eran el salazón y el ahumado, las conservas debían consumirse antes de que se estropearan. "Dime lo que comes, y te diré lo que eres", decía el gastrónomo Savarin. El pescado seco era tan duro e insípido que había que tenerlo en remojo al menos 24 horas. Y si después era posible comerlo, había que adornarlo con algún tipo de salsa o añadirle especias. Sería una broma demasiado fácil pensar en el bacalao al pil-pil, por consiguiente, se ha de insistir en el hecho de que el bilbaíno sobrevivió durante la Edad Media, alimentándose sobre todo a base de "gachas". Ciertamente el bacalao se explotaría ya mayoritariamente durante el s. XV, y aunque los vascos se ocuparon de los bancos más importantes, el acceso a las pesquerías quedó reservado posteriormente a las potencias con mayor capacidad naval. Un bacalao que desde la misma Terranova se preparaba y salaba en los barcos, pero también se desecaba en tierra, en sus dos variedades: el bacalao "verde", húmedo y salado, y el bacalao seco: cuya desecación se producía mediante procedimientos muy complejos.

Finalmente, es preciso recordar al cerdo y la cultura que gira en torno a las tradicionales matanzas. Pero definitivamente, la alimentación de los hombres fue básicamente vegetal. El trigo, como se ha dicho ya, es Occidente. El arroz introducido por los árabes y cultivado en Levante se vende ya en el s. XIV en las ferias de Champaña. No supone por tanto un producto común, pero tampoco resulta extraño en los mercados locales. Generalmente no tienta a los ricos y se toma como acompañamiento. Pese a esto, las recetas conservadas de arroz con leche roviene de época muy antigua. Superando limitaciones de toda índole, el derroche de imaginación gastronómica es proverbial entre nosotros. La mejor prueba: las maravillas que se hicieron con la harina de castaña... (el llamado "pan de árbol"). Las habas, lentejas, además de otras legumbres también fueron fuente de proteínas. Finalmente, dentro de la composición de la dieta bilbaína, el vino fue insustituible. Del Loira al Valle del Nervión, sus pueblos se hicieron habituales consumidores de vino. Un vino "verde" que no debe asociarse al tinto de nuestro tiempo, pues no existían corchos, ni procedimientos de embotellado. Esto siguió ignorándose hasta el siglo XVII. El vino era considerado además un remedio curativo.

### **Morir en Bilbao**

Resta una última pregunta, ¿cómo mueren los bilbaínos durante la Edad Media?

Sobre el telón de los miedos cotidianos, el tema epidémico por fuerza siempre estuvo presente. Averiguar cuáles fueron las razones principales de la mortalidad de los bilbaínos en esta larga etapa del Medievo remite a enfermedades comunes en todas las sociedades occidentales: viruela, fiebre pulmonar y disentería. Habría seguramente otras, pero ninguna tan grave por su espectacularidad como la peste, que 48 años después de la fundación de esta Villa significó un

azote macabro en toda Europa. El cólera arrasó en numerosas ocasiones en diversos lugares de la geografía peninsular. Entonces como también sucedería después, hasta la modernización económica, el antiguo régimen biológico se compuso de unas relaciones limitadas y padeció obstáculos que demuestran con todo dramatismo la fragilidad de la vida del ser humano. Pese a ventajas evidentes, los problemas de salud -según datos disponibles para sociedades del ámbito europeo occidental-, hacen referencia a una idea de calidad de vida nada optimista en el entorno urbano. No hay niveles estables, y al parecer si existieron ritmos de crecimiento urbano, esto sólo fue posible gracias a niveles de inmigración, más que debido al crecimiento natural de la población.

Dada la elevada mortalidad infantil, pocas parejas en todo este escenario atlántico llegaron a ver sobrevivir dos hijos. Por ejemplo, entre 1318-1497, se barajan altos porcentajes (16 a 49%) de huérfanos pertenecientes a clases comerciantes en Londres; quienes morían antes de los 21 años. Obviamente no cabe imaginar tal situación para los hijos de los pobres...

Además la población era portadora de numerosos parásitos intestinales (tenía o solitaria). Resulta estadísticamente probable, por tanto, una edad media de esperanza de vida no superior en edad adulta a los 30 años.

Si es cierto el relato del irlandés William Bowles para el año de 1786, en Bilbao las condiciones naturales del entorno, bien aireado, -pese a la humedad- le hacían ser un lugar saludable que permitía a sus habitantes gozar de edad longeva. Y si bien entre el momento en que se escribe ésto y el año 1300 hay más de 400 años de diferencia, quizás esas condiciones que la naturaleza otorgó al enclave geográfico en el que la villa se asienta, le permitiera gozar de unas condiciones de salubridad que haría a sus habitantes disfrutar también de una posición privilegiada. Por consiguiente, el Bilbao en el que la vida supera a la muerte, es el del s. XVIII. Sólo entonces se asienta la posibilidad de hacer frente a la muerte. Los viajeros quisieron ver en nuestra villa una especie de entorno favorabilísimo, en donde estar enfermo era una rareza. Sin duda el clima o miniclíma local, en este Valle del bajo Nervión, es algo peculiar, pero no cabe duda que resulta exagerado el estereotipo. La mortalidad entre niños de corta edad y de mujeres parturientas era elevada.

La muerte, en definitiva, es un lobo que penetra por las brechas de las murallas, como de hecho hicieron estas fieras alguna vez en varias ciudades medievales. Unos lobos que nada tienen que ver con los de la heráldica de la Villa.

En cuanto a formas de sociabilidad, el aislamiento y el sosiego tienen numerosas referencias en la literatura de la época; pero las formas de diversión populares y también refinadas remiten a un sinnúmero de formas: música, relatos, juegos. Por consiguiente, los espacios de sociabilidad nos hacen volver la mirada de nuevo al lugar donde está la iglesia de Santiago. Pero la festividad religiosa y la celebración pagana conjuntamente tuvieron su lugar. El ocio al que apela la civilización moderna, es en este tiempo es algo que sobre todo se disfruta en el

espacio doméstico. Lugar, por cierto, de conflictos permanentes en esta sociedad; por esto existe una suerte de pacto entre madres e hijos que se proyecta contra el padre frecuentemente. En donde la cohesión femenina es una respuesta al reto de la supremacía del esposo y padre. “Las Bienandanzas y Fortunas” de Lope García de Salazar nos darían algunas claves de este complicado mundo de relaciones familiares que se establecen en la trama de los linajes.

### **El ocio medieval**

La vida medieval está impregnada asimismo de juego. Unas veces es juego popular desenfundado, lleno de elementos paganos que han perdido su significación sacra y se han transformado en pura broma, otras juego de caballería pomposo y señorial, juego refinado de cortes y de amoríos. En ésta, como en otros arquetipos, la cultura medieval reelabora lo transmitido del mundo clásico y cristiano. Posiblemente la tradición musical de Bilbao no se improvisa, ni debe atribuirse en exclusiva a los siglos XVIII-XIX. Debe existir un germen en el que el folklore supo expresar a través de la cultura popular, un anhelo en el que pronto profesaron los bilbaínos. Y si no fue así..., cabe exagerar un poco.

Situémonos, no obstante, en la realidad de ese oscuro mundo medieval. Sólo resta en este rápido esbozo del vivir cotidiano una reflexión que no por sabida resulta inútil. El ritmo del tiempo se mide en su inercia al segundo y también estacionalmente, en un círculo vegetativo en el que se mezclan los elementos antropomórficos con la naturaleza y sobre el que el destino juega un papel indiscifrable y misterioso; en donde se entrecruzan magia y cálculo, ambición y fatalismo.

Progresivamente, al compás de las mejoras en las comunicaciones, aquí también las ideas y los hombres circularon con mayor rapidez. Se compartieron tareas ferronas, comerciales, navales... con las labores agropecuarias. Cuando esta diversidad económica se consagra, la vida comienza a ser más variada. No olvidemos sin embargo que la mayoría de los habitantes era muy pobre, pero la vida se diversificó y se hizo más atractiva en la ciudad. Se desarrollaron nuevas habilidades técnicas, militares e intelectuales que se generalizaron. Gracias a esa profusión de riqueza y proliferación de actividad, las regiones europeas se hicieron o parecieron más accesibles. Una Europa que, en este tiempo, la Europa de las catedrales y los castillos. La que genera una nueva cultura que terminaría por fragmentar al propio continente. Pero en general esta sociedad, aquí como en el resto de las comunidades europeas vivió la monotonía del drama cotidiano interrumpido por flashes de alegría y de optimismo. Se trata de un mundo atroz en el que el catastrofismo milenarista sentó sus reales, mucho antes de que la histeria del cólera se produjera. Una sociedad que derivó como reacción engendrada por el miedo hacia todo tipo de excesos, cobrándose un tanto frente a la ignorancia del mañana. Una réplica que no sólo se tradujo en

una ética desordenada, sino que también supo recurrir a la religión para resolver la incógnita. De ahí un sentido de la religiosidad consolidado paulatinamente en este escenario humano.

Este mundo en el que no se debaten reformas urbanísticas, ni se soportan atascos, en el que no existía la penicilina, ni las computadoras, existieron tertulias al calor del hogar a través de las que se transmitieron leyendas; en el que al navegar por la ría, podrían verse infinidad de peces, y en el que las cataplasmas y ungüentos paliaban los reumas y cicatrizaban heridas. Un mundo sin prisa, pero sin pausa, que camina hacia nosotros y señala un norte que se transformaría constantemente

Para concluir, y lejos de tratarse de un recurso nostálgico, quisiera imaginarme a Don Diego bajando sigilosamente de su pedestal, al amanecer de cualquier día que preceda al 700 aniversario de Bilbao, y poder seguirle de cerca para observar sus reacciones ante lo que, hoy mismo, representa la villa que él confirmó como urbe con aspiraciones. Posiblemente convendría con nosotros en la idea de que, mirando al 2000, Bilbao ha conseguido aglutinar sensibilidades, está viva, se muestra inquieta y eso es lo decisivo: maduras estrategias que posibiliten algo irrenunciable frente a la pasividad ramplona y el aldeanismo cavernícola. Bilbao, como la frase de Galileo, "a pesar de todo, se mueve" o al menos, eso quisiéramos creer muchos de sus actuales ciudadanos.